

Metamorfosis

Gustavo Ariel Schwartz

*Fama,
cama, carma,
croma, crono,
cronolio, cronobio,
Cronopio*

Otto miró la hora en el viejo reloj de péndulo, sobre la pared opuesta a la entrada del estudio; abrió sobre el escritorio un libro de Comte, y se dispuso a terminar el artículo. Afuera llovía, pero él aun no podía notarlo; los gruesos muros que su abuelo trabajosamente había levantado, lo aislaban y lo protegían del mundo exterior. Con la cabeza inmóvil, sus ojos recorrían con un movimiento casi mecánico cada línea del texto. De pronto algo no encajaba, era como si un engranaje se hubiera trabado. “Las palabras son muy ambiguas”, pensó, “debería agregar más ecuaciones”. Sus dedos volvían entonces al teclado y veía aparecer en la pantalla uno a uno los símbolos que darían solidez a su argumento. Él no sabía, no podía saber, que ese texto que estaba terminando de escribir lo transformaría de una manera tan radical. Había como una cierta fatalidad, y al mismo tiempo una cierta liberación en ese texto que versaba, precisamente, sobre números y transformaciones.

Numerosos registros arqueológicos permiten pensar que el concepto de número apareció muy pronto en la historia de la humanidad. El hombre primitivo poseía ya una idea rudimentaria del concepto de número. Algunas tribus utilizaban las palabras “hombre”, “mujer” y “varios” para denotar las cantidades numéricas “uno”, “dos” y “tres” respectivamente.

Y por momentos era como si se desdoblara, como si se saliera de sí, como si no fuese uno, como si en realidad fuera dos; y mientras sus dedos continuaban escribiendo, él recordaba la inevitable serie de acontecimientos que lo habían llevado hasta allí. Las partidas de ajedrez con su abuelo; los acertijos numéricos; el descubrimiento temprano de la bella perfección de las demostraciones matemáticas. Y luego el colegio, y medalla de oro, y el mejor alumno, y la graduación con honores. Su padre estaba orgulloso, él se estaba convirtiendo en un hombre íntegro, entero. Él sentía que todo estaba decidido desde siempre; y eso lo tranquilizaba. La idea de un mundo azaroso, impredecible, subjetivo, lo aterraba; y había encontrado un refugio perfecto en la matemática, aquella máquina de generar verdades. La reina de las ciencias lo seducía con su objetividad y eficacia. Otto miró el reloj y continuó trabajando.

Gradualmente el hombre primitivo aprendió a servirse del concepto de número para sus necesidades prácticas y utilitarias. Comenzaron a aparecer así, de manera lenta y progresiva, distintas clases de números. Los primeros en aparecer fueron, naturalmente, los números naturales, aquellos que utilizamos para contar. Más tarde, mucho más tarde, llegaría el cero; luego, el desarrollo del comercio introduciría los números negativos. Los naturales, el cero y los negativos constituyeron entonces el primer gran conjunto de números: los números enteros.

Y entre párrafo y párrafo Otto contemplaba la inmensa biblioteca de su estudio, y sonreía, y recordaba cómo lentamente los libros de matemática habían ido desplazando las historias fantásticas, las revistas de superhéroes y los libros de aventuras. Tímido y con miedo escénico, se relacionaba poco y no tenía muchos

amigos. Solía decirse a sí mismo que no tenía tiempo para salir con chicas, pero intimamente lo aterraba el hecho de no tener ningún tipo de control sobre los sentimientos y las decisiones de las demás personas. Concebía las relaciones humanas como una rama de la lógica; pero por algún motivo que todavía desconocía las cosas no funcionaban de ese modo, y mucho menos con las chicas. Esa reclusión interior tenía también un correlato externo; salía poco, rara vez visitaba las ciudades cercanas, y jamás había salido de su provincia natal. Las matemáticas no requerían de la experiencia sensible y eso le parecía maravilloso. Definitivamente la matemática lo había cautivado; esa posibilidad única de descubrir los misterios del mundo, de saber que el Universo es comprensible, y que lo comprendemos, lo obsesionaba.

Los números comenzaban a ocupar un lugar cada vez más importante en la vida de los hombres. Además del comercio, que había dado un salto cualitativo con la invención de la matemática, primero, y con la del dinero, después, los números comenzaron a desempeñar un papel importante en la magia, la brujería y el cálculo de horóscopos.

Miró la hora e hizo una pausa para descansar un poco mientras recorría con la vista los estantes de la biblioteca. Allí estaba su violín; aquel asombroso instrumento capaz de transformar teoremas en sonidos maravillosos. Y un poco más arriba la foto de su abuelo, que desde un rincón lo vigilaba y le recordaba que su destino ya estaba escrito y que él sólo debía ejecutarlo. Poco a poco los libros de matemática iban reproduciéndose en su biblioteca hasta conformar un paisaje uniforme y monótono. Forraba los libros con papeles de colores según el tema que trataran y dentro de cada categoría ordenaba los libros por autor, en orden alfabético. Él lo consideraba un

método muy eficiente que le permitía rápidamente encontrar el libro que buscaba; a pesar de que todos los lomos eran iguales, jamás tomaba un libro por error. Gradualmente fue eliminando de manera sistemática cualquier vestigio de azar que pudiera aparecer en su vida.

Para la época de los griegos, el número se había convertido en un objeto de culto y estudio. Los pitagóricos asociaban los números uno, dos y tres con la “unidad primordial”, la “mujer” y el “hombre”. Para los pitagóricos y sus discípulos, los números gobernaban el Universo. Unieron para siempre la música y las matemáticas a través de la teoría pitagórica de las proporciones; los números racionales, aquellos que pueden expresarse como fracción de dos números enteros, permitían explicar no sólo la armonía musical, sino también el movimiento de los planetas que los griegos imaginaban como “música de las esferas”. Todo podía reducirse a relaciones numéricas.

Sin embargo él ignoraba, igual que lo ignoraban los griegos, que en toda idea se esconde el germen de su propia contradicción. Los racionalistas negaban, se negaban, una parte importante de la realidad. Él creía que el azar y la irracionalidad eran atributos femeninos; y como buen varón que era, que creía ser, intentaba inútilmente alejarse de ellos. “*Nunca les dés la espalda*”, le había repetido su abuelo hasta el cansancio; “*son muy traicioneros y en cuanto te descuidás los tenés adentro, llenándote de dudas, incertezas y temores*”. Y entonces en algún momento, sin darse cuenta, sin proponérselo, de una manera casi vulgar e inocente, la moneda cayó del lado equivocado y él probó el fruto prohibido. Casi por descuido, abrió una puerta, un libro; y el azar, que no perdona descuidos, se coló. “!¿Qué podía haber de malo en un ensayo

escrito por un físico acerca de la razón y el dinero?!; después de todo era un científico”.

Su padre se lo había advertido; “*escuchar, abrirse, es muy peligroso; corre uno el riesgo de que lo convenzan.*” Y no se convenció, pero comenzó a dudar; y es que la duda es azar disfrazado de jactancia. Y entonces otro ensayo, y más dudas, y desconcierto, y temor, y no saber hacia dónde.

La tradición le atribuye también a la escuela pitagórica la demostración del Teorema de Pitágoras, que tuvo para ellos consecuencias drásticas e inesperadas. El descubrimiento de que existen ciertos números que no pueden escribirse como fracción de dos números enteros, es decir que no son racionales, contradecía la doctrina básica de los pitagóricos. Cuenta la leyenda que los pitagóricos intentaron guardar el secreto acerca de los números irracionales y que Hipasus, uno de los miembros de la escuela, fue asesinado por divulgarlo. Por cierto, los irracionales causarían muchos dolores de cabeza a las generaciones posteriores.

Y el abuelo murió, y él tímidamente comenzó a conocer gente; y alguien le acercó un libro, y ese mismo alguien le presentó más gente, y sin darse cuenta estaba militando; y se reunía de noche y a escondidas en sucios bodegones; y por fin un par de piernas y un mundo nuevo se abrían para él, abría para él; y aquel mismo alguien apareció un día con la cabeza partida por un odio brutal, incomprensible, y sin darse cuenta estaba encerrado en su cuarto, temblando de miedo. Había puesto un pie en un mundo nuevo, eso que pronto llamaría realidad, del cual no tenía ni mapas, ni indicaciones ni brújula.

Los números reales, la realidad, está formada por la conjunción de racionales e irracionales. Ambos eran necesarios, pero no fue sino hasta mediados del Siglo XIX que esta forma de entender la realidad fue aceptada. Más allá de los reales estaban los ^{números} complejos o imaginarios. Los imaginarios incluían a los reales como un caso particular, pero eran infinitamente más numerosos, más interesantes, más intensos. La realidad nunca supera a la ficción; eso es un invento de los racionales.

De pronto notó un reflejo extraño en el monitor, tenía los ojos rojos, y los ^{números} y las letras se enfocaban y desenfocaban alternativamente. Se acercó al monitor, no reconocía el texto, no reconocía la imagen ni el reflejo. Estaba cansado, pero tenía que terminar el artículo. El reflejo se hizo más intenso, y entonces sí reconoció ese par de ojos que no eran suyos. Fijó la vista, e intentó penetrar el misterio de esa otra mirada, un tanto ajena y un tanto propia. Completamente seducido, no podía comprender ni dejar de mirar; sentía, percibía que algo estaba cambiando, pero no podía transformarlo en palabras, no podía hacer inteligible aquella sensación de verme a mí misma, pero desde fuera, como si fuese otra, pero al mismo tiempo él, aunque ya no, ya nada sería como antes, había cruzado una línea, ya no habría regreso posible. Me froté los ojos y saqué las gafas del bolso; aproveché entonces el reflejo del monitor para acomodarme el pelo; me descalcé y me puse cómoda. Ahora me sentía mejor; seguía cansada, pero veía las cosas con más claridad. Deseaba terminar el artículo.

Los racionales fueron siempre más díctiles, más predecibles, más fáciles de interpretar; los irracionales, en cambio, siempre generaban problemas; no encajaban en los marcos teóricos de los racionales y no era fácil definirlos ni

tratarlos. Posteriormente se descubrió que no todos los irracionales son iguales; algunos de ellos son trascendentes, imprescindibles.

Dejé de teclear y recordé inmediatamente la frase del Bertolt Brecht. Me recliné en el sillón de mimbre, bebí un poco de agua y dejé que mis dedos serpentearan sobre el negro lomo de Osiris mientras mi mente se iba de paseo. Y en la biblioteca los libros de matemática trepaban al estante siguiente para dejar paso a los libros de filosofía, ensayos y algunos libros de historia de la ciencia. Y allí estaba la foto de mi abuela, regalándome su sonrisa y sus consejos; y el violín y el reloj de péndulo, que un día se aburrió de hacer tic-tac y comenzó a oscilar de manera extraña, y a gotear pintura (*dripping* le llamarían más tarde) hasta convertirse en un Pollock.

Ni los racionales ni los irracionales pueden por sí solos explicar la realidad. La racionalidad necesita de la irracionalidad, de sus destellos, espontáneos e impredecibles, que trazan marcas al azar sobre la tensa y blanca tela de la razón, como faros en un mar embravecido. Esos fugaces momentos de irracionalidad, como son los sueños, la distracción o el delirio, son los que permiten que la razón tenga algo que decir; la irracionalidad, la imaginación constituyen el combustible esencial de la razón.

Y los libros de matemática se desnudaban de sus aburridos trajes y continuaban ganando altura, empujados ahora por los de filosofía que dejaban su lugar a las primeras novelas, libros de cuentos y tímidos libros de arte que se colaban imperceptiblemente. Los libros de aquella biblioteca estaban perfectamente desordenados; pero yo sólo necesitaba mirar un instante, de reojo, para saber qué libros no estaban allí. De alguna

manera que no podría explicar, conocía la posición exacta de cada libro en ese mar de palabras. Aun así disfrutaba paseando los dedos suavemente sobre los lomos y deteniéndome en algún libro olvidado. Yo creía fervientemente en la ósmosis literaria; ojeaba un libro y sentía que las palabras me permeaban las yemas de los dedos; luego leía el índice, la introducción e imaginaba el resto; mientras estuviesen en la biblioteca, podía hablar de libros que jamás había leído como si yo los hubiese escrito.

Desde sus comienzos en Grecia, la cultura occidental se ha mostrado en general bastante mal predisposta hacia la irracionalidad, la imaginación y sus productos. Ya Platón criticaba la creación artística como una mera copia de segunda clase del mundo ideal de las formas puras; y consideraba que los artistas eran locos poseídos por poderes demoniacos.

Y es que en cierta forma era así; después de muchos años había descubierto que el poder catártico del arte superaba cualquier terapia psicoanalítica. Había vomitado en forma de cuentos, novelas y pinturas cientos de demonios que me poseían y me torturaban. Me reconocía en mis textos, en mis pinturas, y me sentía bien con eso. Había encontrado una manera propia de ver el mundo y ya no me sentía atada a ninguna misión, ni visión, ni prisión. Y a veces sentía como que había vuelto a nacer, como si de nuevo el mundo girara en torno a mí, pero de una manera distinta; era un mundo que yo creaba y recreaba y me creaba; era una caja de resonancia en la que me fundía y me con-fundía con ese otro mundo que era yo.

Recién en el Renacimiento comenzó a considerarse que la imaginación podía contribuir a la interpretación del mundo externo; sin embargo, la

imaginación sólo era aceptable si podía ser controlada por la razón. Durante los siglos XVII y XVIII la Ilustración se encargó de reforzar el mensaje estableciendo que la humanidad debía guiarse por “la luz de la razón”. La Ilustración asoció imaginación con ignorancia, subjetividad, superstición, irracionalidad y prejuicio. No es hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX que la imaginación es vista como una aptitud positiva.

Ya no se escuchaba llover; me acerqué a la ventana, encendí un cigarrillo y vi como un trozo de cielo estrellado se colaba desafiante entre las nubes. Advertí entonces que la luz del sol nos impide disfrutar de la inmensa belleza del cielo nocturno. Los astrónomos no observan de día; los poetas tampoco. Aquella luz los encandila, eclipsa la infinita riqueza que el mundo tiene para ofrecernos. El cielo no tiene ninguna gracia de día; allí está el Sol, amo y señor del cielo; y abajo todos girando, guiados por la luz, como girasoles, que no tienen otra opción, que no pueden elegir; pero el mundo no está hecho sólo de día.

Si bien la imaginación es necesaria, y hasta donde sabemos imprescindible, para (creer) comprender y modificar el mundo, no es por sí misma suficiente. Es necesaria una instancia posterior que permita transformar esas imágenes en objetos estéticos, en ficciones, en conocimiento, en definitiva en algo comunicable capaz de ser percibido e interpretado por otras mentes. Esta segunda instancia la constituye la creatividad; pero eso...es tema para otro artículo.

Cerré el libro de Bretón y lo dejé sobre el escritorio. Y de nuevo las imágenes, siempre las imágenes, deslizándose vertiginosamente en mi cabeza; pero esta vez no eran ficción sino recuerdos. ¿Y es que existe acaso alguna diferencia? Recordaba sin proponérmelo, la increíble serie de acontecimientos que me habían llevado hasta allí. El descubrimiento temprano de los clásicos; las partidas de ajedrez con mi abuelo; los escritores rusos que me leía mi abuela; los acertijos numéricos; y la universidad, y el descubrimiento de la bella perfección de las demostraciones matemáticas; y aquellos años increíbles de Cortázar, Marquez, Bioy Casares, Borges; y París, y Buenos Aires, y Centro América, y Madrid; y entonces la imaginación, y poemas cursis, y cuentos malos, y volver a empezar; cuentos buenos, una novela. Definitivamente la literatura me había cautivado; esa posibilidad única de inventar mundos, de saber que la realidad es inaprensible y sin embargo querer, pretender comprenderla, me apasionaba. ¿No había sido acaso siempre así?

*Gustavo Ariel Schwartz
San Sebastián, 30 de Noviembre de 2005*

*Este cuento pertenece al libro de relatos “El otro lado” publicado en Amazon.
Se autoriza su reproducción no-comercial siempre que se cite la autoría y la procedencia.*

gustavo.schwartz@csic.es
<http://cfm.ehu.es/schwartz/>
<http://gustavoarielschwartz.org>